PQ
7797
L85
A6
1917
mn

UNIV. OF ARIZONA
861.61 L95 1917
Lugones, Leopoldo/Poesias
mn
3 9001 03795 1103

POESÍAS. ESTUDIO

ANTONIO CASTRO.

×

LUGONES.

LEOPOLDO LUGONES

UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY

POESIAS

ESTUDIO

DE

ANTONIO CASTRO

PORTADA DE SATURNINO HERRAN

CULTURA
T. III NUM. 4
1917

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

Abril 19 de 1917
«IMPRENTA VICTORIA»—4ª CALLE DE VICTORIA 9

861.61
L95
1917

Por hoy los representantes más ilustres de la poe-
ía de lengua española son: Eduardo Marquina y Leo-
oldo Lugones, Guillermo Valencia y Manuel Macha-
o. Los primeros son los literatos de amplio talento
de variada producción; los últimos *los* poetas, nada
os acerca a la profesión del *hombre de letras* –uno hu-
iera querido ser un elástico camello, el otro un buen
anderillero– y su canto es el desahogo de un espíri-
u selecto. Ninguno de los cuatro es el poeta repre-
entativo, el príncipe indiscutible.

La labor de Lugones es de más aspectos que la del
aestro Marquina: ha escrito versos, cuentos, ensa-
os sobre la historia de su patria, un libro multifor-
e sobre Grecia; ha discutido asuntos de educación,
arte y de *folk-lore*, ha hecho una traducción de
íada; hay en toda su obra, y en sus cuentos a veces
n exceso, muestras muy claras de un fárrago de co-
ocimientos curiosos y exactos; es profesor de esté-

tica; sus estudios sobre métrica son inteligentes I
innovadores del instrumento lírico no son ya los p
tas del *Madrid cómico* y los libretistas de género c
co, sino los literatos hispano-americanos, desde Pe
Henríquez Ureña que justifica una forma olvidada
endecasílabo castellano, hasta Jaimes Freyre, que
lla la ley de nuestra versificación en el *período pr*
dico,* y los prácticos de las nuevas métricas: Da
Jaimes Freyre, Lugones, Santos Chocano, Ner
González Prada...

Su poesía es también variada, y sobre todo *act*
Decía Coleridge al comparar los poetas de su tien
con los de los siglos XV y XVI: "en nuestra époc
poeta parece que se propone como objeto principa
como lo más característico de su arte, nuevas y ext
ordinarias imágenes; en la dicción y en el metro, a
más, es relativamente descuidado". Si evitamos
paralelo entre el espíritu de ambas poesías, poden
decir lo mismo de la de nuestro tiempo: imáge
nuevas y extraordinarias, descuido en el metro y
la dicción. La excelencia del verso de los siglos
Renacimiento estaba en la exquisita pulcritud de
palabra combinada con perfecta sencillez: su ese
era el *arte*, agrega Coleridge.

Al lector de *los Crepúsculos del Jardín* aparece el
ta lleno de extrañas imágenes, de comparaciones i
peradas, de epítetos sorprendentes. No hay all
relación superficial y evidente que no logra admi
nos: es la afinidad adivinada cuando se contemplan

*Ricardo Jaimes Freyre. *Leyes de la versificación castellana*. Bu
Aires, 1912. Un libro serio que los poetas y los preceptistas puede
er con provecho.

nidamente las cosas o cuando se repasan las emocio-
es. Es una semejanza que el lector no estaba acos-
mbrado a ver; una emoción sobre la cual nunca ha-
a vuelto. Por eso Lugones es de los poetas a quienes
vorecen las contínuas lecturas, hasta el punto de
acer del más desabrido vocablo un resumen de
tuiciones inagotables. Es la visión del espectador
aciente. Aprovechadla: nunca borréis un adjetivo,
stificadlo mirando bien. La estética del poeta decla-
, por otra parte, que "el verso vive de la metáfora,
decir, de la analogía pintoresca de las cosas entre
"*. Y él ha intentado renovarla descubriendo nue-
s relaciones y aprovechando toda la fuerza sugesti-
de las circunstancias más fútiles. Su poder tiene
s fuentes en las cualidades que hacen de él un poeta
til. Nunca cantará para todos; hay cierta impopula-
dad aún en los aspectos más vulgares del sentimien-
y de los paisajes de su poesía.

El coloquio sentimental en los viejos parques soli-
rios, al claro de luna, sobre el césped húmedo o en
barca ligera, como en los grupos progresivos del
nbarque a Citerea de Watteau, es una deuda gene-
l de la literatura de hoy, de modo directo o indirec-
a Verlaine. *Prosas Profanas* y *los Crepúsculos del*
rdín fueron dos maneras de entender esa fiesta sen-
ental y exquisita. En Rubén Darío más elegante,
s decorativa, más fantástica que en Lugones, en
ien la situación se torna más *profana*, más real,
s psicológica. Sólo una vez, y no sin ironía, se re-
erdan los desafíos, las góndolas y los bandolines; y
nque *los Doce Gozos* implican la inevitable compara-

* *Lunario Sentimental*. Prólogo, p. 6.

ción con los *panneaux*, no son un desarrollo decorativo y simétrico; la serie de sonetos están bajo un título por azar. En ellos, y en general en la poesía de *los Crepúsculos del Jardín*, la emoción es incompleta y exacta, y el paisaje, que de cierta manera la refleja y explica, es, por su vigor de sugestión, más que un mero fondo. La emoción es a veces impertinente, y se confiesa la vecindad de un dato vulgar. La pareja no está como en la poesía de Robert Browning, franca y alegre, en medio de la clara mañana:

> hand in hand
> we sat down in the grass, to stray
> in spirit better through the land,
> this morn of Rome and May.

Es la pareja que camina con mútuos sigilos, al atardecer, por el laberinto de un infierno psicológico; después llegará a la emoción sincera y noble de los amantes en la plenitud de la vida, como en el *Paseo sentimental*. Ahora el amor es engañoso, el Dios Término de yeso y en el cuadro figuran la vaca y los murciélagos. ¿Qué más? La poesía está está en todas partes y para que una cosa parezca bella basta con mirarla por largo rato, dijo Flaubert.

Después viene el *Lunario Sentimental*. Recuerda a Jules Laforgue; pero más que por vanas semejanzas de aficiones y de epítetos lunares, por el ambiente de poesía desordenada y grave, irónica y lírica; y fuera de esa influencia general, sólo en el método de algunas composiciones que no comprendía la retórica. El Hamlet de *Dos Ilustres Lunáticos* debe más a las *Moralités Légendaires* que Lugones a *l' Imitation de Notre-Dame la Lune*. Laforgue poseía, para hablar con

sus propias palabras, un *dandysmo lunar*, una devoción galante por la luna, y sostenía con ella un discreteo mitológico, que no se halla en Lugones; en Laforgue hay un sentido trascendental del astro, cuyo ejemplo de serenidad y de castidad, podría mejorar el mundo: ésa es su filosofía. En Lugones el astro es más vulgar y más exacto: el amigo de los gatos y de los ladrones.

Debajo, la noche está llena de emociones y de augurios. Hay un pertinaz desconsuelo en el profundo silencio, que sólo es una pausa del ritmo eterno, y el alma es sensible como una aguja imantada. Los ruidos de la noche agravan el silencio; nuestra desgracia es constante y nos cohibe el orden universal. En la cumbre del temor estamos cerca de la muerte; lo sabemos porque a su soplo el perro cambia de sitio sin causa. Después, recostados boca arriba, descubrimos que el paisaje es despreciable, que la luna es imbécil. El canto anacrónico del gallo despierta nuestras primitivas enemistades con el caos: el mundo es un hipopótamo epiléptico y todas las mujeres huelen mal. Grita nuestro vecino loco y la noche brota de una sonata de Beethoven. A la cita nos lleva el propósito maligno: su recato no pasa de su liga. El pensamiento y la conciencia pierden su brújula delante de la luna, patrona de lo absurdo, como ha visto Chesterton, su representante diplomático en Londres, y el poeta halla desahogo en el variado catálogo del *Himno a la luna*, que no han de leer más que los devotos.

A veces la poesía es intensamente lírica y hasta de una inquietud torturante, como en algunos cantos de Edgar Poe; después se perfeccionará ese tono en

las *Ausencias* de *El Libro Fiel*. A veces el poema es *psicológico*: comienza en la luna y se prolonga hasta el alma. Pero no por situaciones sucesivas, como en el *Idilio Salvaje* del clásico poeta nuestro, ni por el proceso coordinado de la *Claudia* de Díaz Mirón: por la pintura más amplia de un solo momento que tiene sus raíces en nuestra propia vida (ved principalmente *la Luna de las Tristezas*), como en algunas composiciones de Rosalía de Castro. Pero en esta sensitiva mujer el poema no ofrece más figuras que las esenciales y casi ninguna decoración: en Lugones se da al momento toda la riqueza del cuadro, con sus pormenores vulgares y aún desagradables. Si en el paisaje, todavía *elegante*, de *los Crepúsculos del Jardín* cabían la vaca y los muciérlagos, el *Lunario* está lleno de ranas y de burros, de olores de orégano y de bueyes, de ruidos de timbres eléctricos y de tranvías ciudadanos. Hay una íntima relación entre el momento y su cuadro: no es el resabio de poesía que dejan los acontecimientos: es la poesía confundiéndose con los aspectos diarios, vulgares, pequeños de la vida; * una mezcla de poesía y realidad (*Dichtung und Warheit*), cuyos ejemplos clásicos son Heinrich Heine y el mismo Jules Laforgue; pero cuyo origen se puede encontrar en la estética de Goethe y principalmente en el *Germán y Dorotea*, ese libro único al que le debe algo el arte maravilloso de Jules Renard. Esa misma mezcla hace a veces el verso irónico, a veces humorístico y también, a veces, desagradable.

Despues del *Lunario*, que parece una aventura lí-

---

* La diferencia salta a la vista si se compara la *Lucíe* de Musset con el *Solo de Lune* de Laforgue.

rica, el poeta vuelve fielmente a la poesía de los paseos sentimentales y de los crepúsculos del jardín: *su* poesía. Vuelve con menos sutilezas tentadoras: es más grave, más sereno, más elevado. No es ya la efímera cita de una tarde electrizada por una intención oscura o por la arruga de una media: es el acostumbrado coloquio del amante, con la sagrada familiaridad del beso lento y con el sentido íntimo de lo imperecedero. El poeta es todavía *sutil:* éso no se pierde; pero su canto no es ya sobrecargado como un relieve: es sobrio de imágenes sorprendentes, por simple ahorro de maestro, no por agotamiento. Y sin embargo ¿no hemos caracterizado su poesía como de nuevas y extraordinarias imágenes? ¿Es, acaso, la visión del caminante para quien la oscuridad es cada vez más clara?

Si había en el poeta el afán de buscar un cuadro propio a la emoción, ahora en su *Libro de los Paisajes*, inédito aún y que promete ser admirable y acaso resolver de su principado en la poesía de lengua española, hay, entre una profunda y luminosa intuición de los ambientes—ese arte que sólo logran los pintores mayores—el afán de despertar una emoción propia al cuadro, de sugerirlo por algo más que comparaciones pictóricas. No es una mera poesía descriptiva; más elocuente que un color bien encontrado o una feliz onomatopeya, es la situación humana frente al paisaje. Los poetas griegos así lo entendieron. En Teócrito la estrella que cae no despierta el recuerdo de una brasa que se apaga en el aire, sino el canto del marinero: «Muchachos izad las velas, el viento es favorable». En nuestro poeta la estrella que se pier-

de deja, como la amada en el verso del poeta florentino, un vago deseo de suspirar:

> Y por aquel remoto portal entró la estrella,
> lacia su crencha rubia, largo su velo al pie.
> Y cual sucede al paso de una clara doncella,
> un suspiro fragante su leve ausencia fue.

El referirnos en este punto a la poesía helénica es menos ocasional de lo que se imagina. No hace mucho la mirada del poeta estaba vuelta a Grecia, y Homero está detrás de este verso:

> El trueno, la distancia, rodaba su peñón.

Lugones parece también, —volvamos a la cita de Coleridge,— relativamente descuidado en la dicción y en el metro. Lo primero por una de las libertades que ha conquistado la poesía desde los tiempos de Baudelaire, y que acostumbran renunciar silenciosamente muchos distinguidos poetas de hoy. Es sin embargo una libertad útil y elegante. En Francia sólo los poetas menores del Simbolismo (Corbière, Rimbaud, Laforgue) la aceptaron con fervor: En la América Rubén Darío, Amado Nervo, Santos Chocano y Luis G. Urbina la aprovechan. Después la poesía ha aumentado su léxico; pero nunca con exceso. Ciertos tópicos exigen un caudal de palabras más amplio; las cosas tienen sus nombres y vamos muy de prisa para cuidarnos de un diccionario de palabras delicadas. Quevedo se reiría de nosotros.

Nueva libertad es el verso libre o *polimorfo*, como lo llamaba Mallarmé, quien a pesar de justificarlo por razones musicales post Wagnerianas no lo utilizó

una sola vez. Nuestro crítico más inteligente * ha explicado el procedimiento de Mallarmé por razones simplemente psicológicas: las razones son suficientes y el método es seguro: pero después de leer los ensayos de *Divagations* (1912), en donde el maestro regala confesiones sobre su propia estética, dan ganas de explicar por ella el carácter de su obra. Nada tuvo en él un valor diáfano aislado porque concibió el arte del poeta como una música en la que la palabra y el sentido se funden: las palabras son los símbolos de la música interna. Se ha dicho que quería hacer de la inteligencia absoluta una raíz suficiente de todos los modos humanos de expresión; pero, hay que agregar, que, acaso por la influencia de los credos de Wagner, quiso también encontrar la esencia de todos los modos humanos de expresión— por más inconcebible que parezca —en la música, ya «l'esprit n'a que faire de rien outre la musicalité de tout». Sobre este punto hablaremos otra vez.

Por razones musicales defendía Mallarmé un verso polimorfo de mil libertades, un verso que acaso en la práctica no se explicaba, y como él todos los poetas aceptan en teoría la variedad de la música del verso y pocos la practican. El verso libre es técnicamente un verso subordinado a la armonía de la estrofa y al pensamiento, y para los principiantes, un verso endemoniado cuyas sílabas no se cuentan con los dedos. Esta libertad no es un descuído: es una nueva forma de cuidado; y exije el estudio previo de todos los metros: es un caso de honradez elemental, ha dicho el mismo Lugones. Los inconvenientes que pue-

* Alfonso Reyes. *Cuestiones Estéticas*. Paris, 1911.

da ofrecer, como sucede con todos los inconvenientes métricos, son mayores para la lengua francesa que para la española. Nuestros poetas, pues, no se deben desalentar porque Rémy de Gourmont desconfiaba de él.

Como modelo Lugones es peligroso. Es brillante, en apariencia a poca costa. Los poetas jóvenes no deben imitarlo: se agotarían en una obra sin valor. Para despertar la musa es mejor Virgilio, como para asesinar es más efectiva el hacha que el cordón de San Benito de Palermo. Su imitación produce una poesía artificiosa o pedestre, pero siempre de epítetos incoherentes. Sólo los ojos del maestro descubren las realidades legendarias. Cuando se aconseja a los jóvenes que no imiten a sus contemporáneos, la única razón es el temor de que los deslumbre lo que el literato debe a su tiempo, lo que tendrá que pasar; pero el estudio de los contemporáneos será fructuoso para vosotros si tenéis dominio sobre vuestra inspiración.*

ANTONIO CASTRO

---

* Un problema de influencia literaria, no discernible a primera vista, es el que ofrece la comparación de los sonetos de *los Crepúsculos del Jardín* y de *los Parques abandonados*. La existencia retraída y aborrosa, la muerte prematura de Julio Herrera y Reissig, han sido tantos motivos, un poco románticos, para declarar que la originalidad correspondía al poeta uruguayo. Por otra parte no hay ninguna imposibilidad, ni de tiempo ni de espacio, y sí, acaso, razones de otra clase para resolver el problema en sentido inverso. El estudio de este punto espera el buen sentido y la información de algún crítico sudamericano.

NOTA

Las poesías incluídas en este cuaderno son las que me parecen mejores en la obra actual del poeta, sin ninguna concesión a un criterio *popular*. Han sido tomadas de *Los Crepúsculos del Jardín* (Buenos Aires, 1905), del *Lunario Sentimental* (Buenos Aires, 1909), de *El Libro Fiel* (París, 1912) y de algunas revistas. No he logrado ver *Las Montañas del Oro*, y de las *Odas Seculares* no creo que haya ningún ejemplar en México.

He aquí un poeta popular, y apenas alguno conoce sus libros: es la fama extensa y mitológica que da el periódico. Las librerías sudamericanas deberían oír nuestras contínuas quejas: no nos llegan las obras de Lugones, de Rodó, de Valencia, de Jaimes Freyre, de Díaz Rodríguez, de Herrera y Reissig, de Angel de Estrada... En nuestra Biblioteca Nacional son más numerosos los incunables que los libros hispano americanos. ¡Señores del Orinoco y del Plata, sed más generosos!

El orden en que van las poesías, anárquico en apariencia, obedece a una clasificación *lírica*; el índice enseñará al lector el tomo a que pertenecen.

A. C.

ODA AL AMOR

Implacable ansiedad de querer tanto,
fatal delicia de seguir queriendo;
amor terrible con tu mismo encanto.

Porque es así que sin pavor ni estruendo,
viene y nos clava el peligroso infante,
tras la gota de miel, dardo tremendo.

Oh fiero menester el del amante,
ya que sólo mordiéndose a sí mismo
se desbasta el amor como el diamante.

Y luego aquel extraño fatalismo
compuesto al par de duda y esperanza,
cual la noche es estrella y es abismo.

En aquella incurable destemplanza,
tuércese el vino de la fe, y es trueco
de piedra dura el pan de la confianza.

Y te vuelves, lector, el mozo enteco
de la tertulia, el infelice avaro
del guante impar o del ramito seco;

Mientras *ella* con rostro ingenuo y claro,
hace la niña boca cuya cinta
blasona idilios en pueril descaro;

O con premioso afán mancha de tinta
sus labios, al ponerte en la postdata
una cruz breve y lo que así te pinta.

Ah, por cierto, el amor no es cosa grata;
antes ridiculiza e importuna,
y exprime en llanto cruel lo que no mata.

Pero también, por singular fortuna,
te comunicará en noche bendita
el dulce bien de descubrir la luna.

Y el poético ingenio de la cita,
y la sublime ciencia del destino
en el librito de la margarita.

Y para hacer más fácil tu camino,
flauta sentimental te dará el viento,
cuerda clara el arroyo cristalino.

Al sol primaveral de tu contento,
verás bueno el vivir; toda vileza
será injusta a tu claro entendimiento.

Y te revelará en genial certeza,
su ley de bienandanza y de mesura
la generosidad de la belleza.

Así acendrada la verdad segura,
tus potencias exalta y perfecciona
con fiera desnudez de llama pura.

Nueva filosofía en ti razona,
cuál fue la dulce intriga de Galeoto,
y cómo el ruiseñor canta en Verona.

En la paz del crepúsculo remoto,
tu corazón, como las azucenas,
toma un noble interés de vaso roto.

Descubres en la vid de tus faenas,
como cuando en un cuento hay dos hermanas,
que las uvas son rubias y morenas.

Perlas de amor te lloran las fontanas,
y qué cosa más fácil que una estrella
cuando están junto al cielo las ventanas.

Si con tal plenitud tu vidà es bella,
es porque *ella* está en todo lo que amas,
y porque todo se embellece en *ella*.

En el grave murmullo de las ramas
se inquietan tus suspiros. Los rosales
parece que se atizan con tus llamas.

En tu embriaguez de lánguidos panales,
de tu ósculo profundo haciendo copa,
se embeben las palomas conyugales.

Con sus deseos por piafante tropa,
de toda rienda el corazón se libra,
y el gozo audaz del potro en él galopa.

El valor del león templa tu fibra
como un vino mordaz, y un hondo anhelo
de alas que cubren en tus flancos vibra.

Con el vigor del árbol paralelo
que en la luz y en el polvo profundiza,
la savia terrenal te eleva al cielo.

Así entrega tu ser leña maciza
al fuego juvenil, y a la edad yerta
suave aroma en la flor de tu ceniza.

Y al fraternal dolor siempre despierta,
en la fiel simpatía de tu llanto
su sal y su agua la piedad oferta.

Alza conmigo tu sincero canto,
y él te arrobe en perpétua melodía,
porque fuíste capaz de querer tanto
y de seguir queriendo tod. vía.

LOS DOCE GOZOS

TENTACIÓN

Calló por fin el mar y así fue el caso:
en un largo suspiro violeta,
se extenuaba de amor la tarde quieta
con la ducal decrepitud del raso.

Dios callaba también; una secreta
inquietud, expresábase en tu paso;
la palidez dorada del ocaso
recogía tu lánguida silueta.

El campo en cuyo trebolar maduro
la siembra palpitó como una esposa,
contemplaba con éxtasis impuro

Tu media negra; y una silenciosa
golondrina, rayaba el cielo rosa
como un pequeño pensamiento oscuro.

PARADISÍACA

Cabe una rama en flor busqué tu arrimo.
La dorada serpiente de mis males
circuló por tus púdicos cendales
con la invasora suavidad de un mimo.

Sutil vapor alzábase del limo
sulfurando las tintas otoñales
del poniente, y brillaba en los parrales
la transparencia ustoria del racimo.

Sintiendo que al azul nos impelía
algo de Dios, tu boca con la mía
se unieron en la tarde luminosa,

Bajo el caduco sátiro de yeso,
y como de una cinta milagrosa
ascendí suspendido de tu beso.

EL ASTRO PROPICIO

Al rendirse tu intacta adolescencia,
emergió, con ingenuo desaliño,
tu delicado cuello, del corpiño
anchamente floreado. En la opulencia

Del salón solitario, mi cariño
te brindaba su equívoca indulgencia,
sintiendo muy cercana la presencia
del duende familiar, rosa y armiño.

Como una cinta de cambiante faya,
tendía su color sobre la playa
la tarde. Disolvía tus sonrojos

En insidiosas mieles mi sofisma,
y desde el cielo fraternal, la misma
estrella se miraba en nuestros ojos.

CONJUNCIÓN

Zahumáronte los pétalos de acacia
que para adorno de tu frente arranco,
y tu nervioso zapatito blanco
llenó toda la tarde con su gracia.

Abrióse con erótica eficacia
tu enagua de surah, y el viejo banco
sintió gemir sobre tu activo flanco
el vigor de mi torva aristocracia.

Una resurrección de primaveras
llenó la tarde gris; y tus ojeras
que avivó la caricia fatigada,

Me fantasearon en penumbra fina,
las alas de una leve golondrina
suspensa en la ilusión de tu mirada.

VENUS VICTA

Pidiéndome la muerte, tus collares
desprendiste con trágica alegría,
y en su pompa fluvial la pedrería
se ensangrentó de púrpuras solares.

Sobre tus bizantinos alamares
gusté infinitamente tu agonía,
a la hora en que el crepúsculo surgía
como un vago jardín tras de los mares.

Cincelada por mi estro, fuiste bloque
sepulcral, en tu lecho de difunta;
y cuando por tu seno entró el estoque

Con argucia feroz su hilo de hielo,
brotó un clavel bajo su fina punta
en tu negro jubón de terciopelo.

EN COLOR EXÓTICO

Con tu pantalla oval de enea rara,
tus largos alfileres y tus flores,
parecías, cargada de primores,
una ambigua musmé del Yoshivara.

Hería en los musgosos surtidores
su cristalina tecla el agua clara,
y el tilo que a mis ojos te ocultara
gemía con eclógicos rumores.

Tal como una bandera derrotada
se ajó la tarde, hundiéndose en la nada.
A la sombra del tálamo enemigo

Se apagó en tu collar la última gema,
y sobre el broche de tu liga crema
crucifiqué mi corazón mendigo.

EL ÉXTASIS

Dormía la arboleda; las ventanas
llenábanse de luz como pupilas;
las sendas grises se tornaban lilas;
cuajábase la luz en densas granas.

La estrella que conoce por hermanas,
desde el cielo tus lágrimas tranquilas,
brotó, evocando al són de las esquilas,
el rústico Belén de las aldeanas.

Mientras en las espumas del torrente
deshojaba tu amor sus primaveras
de muselina, relevó el ambiente

La armoniosa amplitud de tus caderas,
y una vaca mujió sonoramente
allá por las sonámbulas praderas.

DELECTACIÓN MOROSA

La tarde, con ligera pincelada
que iluminó la paz de nuestro asilo,
apuntó en su matiz crisoberilo
una sutil decoración morada.

Surgió enorme la luna en la enramada;
las hojas agravaban su sigilo,
y una araña en la punta de su hilo,
tejía sobre el astro, hipnotizada.

Poblóse de murciélagos el combo
cielo, a manera de chinesco biombo;
tus rodillas exangües sobre el plinto

Manifestaban la delicia inerte,
y a nuestros pies un río de jacinto
corría sin rumor hacia la muerte.

OCEÁNIDA

El mar, lleno de urgencias masculinas,
bramaba alrededor de tu cintura,
y como un brazo colosal, la oscura
ribera te amparaba. En tus retinas,

Y en tus cabellos, y en tu astral blancura,
rieló con decadencias opalinas,
esa luz de las tardes mortecinas
que en el agua pacífica perdura.

Palpitando a los ritmos de tu seno,
hinchóse en una ola el mar sereno;
para hundirte en sus vértigos felinos

Su voz te dijo una caricia vaga,
y al penetrar entre tus muslos finos,
la onda se aguzó como una daga.

LA ALCOBA SOLITARIA

El diván dormitaba; las sortijas
brillaban junto a la oxidada aguja,
y un antiguo silencio de Cartuja
bostezaba en las lúgubres rendijas.

Sentía el violín entre prolijas
sugestiones, cual lánguida burbuja
flotar su extraña anímula de bruja
ahorcada en las unánimes clavijas.

No quedaba de tí más que una gota
de sangre pectoral, sobre la rota
almohada. El espejo opalescente

Estaba ciego. Y en el fino vaso,
como un corsé de inviolable raso
se abría una magnolia dulcemente.

LAS MANOS ENTREGADAS

El insinuante almizcle de las bramas
se esparcía en el viento, y la oportuna
selva, estaba olorosa como una
mujer. De los extraños panoramas

surgiste en tu cendal de gasa bruna,
encajes negros y argentinas lamas,
con tus brazos desnudos que las ramas
lamían al pasar, ebrias de luna.

La noche se mezcló con tus cabellos:
tus ojos anegáronse en destellos
de sacro amor; la brisa de las lomas

Te envolvió en el frescor de los lejanos
manantiales, y todos los aromas
de mi jardín, sintetizó en tus manos.

HOLOCAUSTO

Llenábanse de noche las montañas,
y a la vera del bosque aparecía
la estridente carreta que volvía
de un viaje espectral por las campañas.

Compungíase el viento entre las cañas,
y asumiendo la astral melancolía,
las horas prolongaban su agonía
paso a paso a través de tus pestañas.

La sombra pecadora a cuyo intenso
influjo, arde tu amor como el incienso
en apacible combustión de aromas,

Miró desde los sauces lastimeros;
en mi alma un extravío de corderos
y en tu seno un degüello de palomas

HORTVS DELICIARVM

El crepúsculo sufre en los follajes.
Tus manos afeminan las discretas
caricias de las noches incompletas,
bajo una fina languidez de encajes
y un indulgente olor de violetas.

Nieva tu palidez sobre las horas.
Mi deseo perfuma, y mi pupila,
al fulgor de la tarde que vacila,
complica en sutilezas tentadoras
la breve arruga de tu media lila.

Algo llora en los árboles espesos.
El alma, enferma de divinos males,
quiere unir en las copas inmortales,
a la inquietud ambigua de tus besos
el sabor de las églogas pradiales.

Llega un triste mensaje: ha muerto Ofelia.
La flor de oro del Sol, desde el poniente,
quema en su polen de oro, inútimente,
tu integridad estéril de camelia,
y agoniza dorándote la frente.

Hoy cantan los maitines de las flores.
Deja arrastrar tu falda entre mis penas,

y al ritmo de la sangre de mis venas
trovaré el virelay de tus pudores
y canonizaré tus azucenas.

Las tardes se marchitan desoladas.
Dame el saludo de cortés desvío,
y verás cuál resbala por el frío
ópalo de tus uñas delicadas,
mi alma como una gota de rocío.

El violín detalla una gavota,
mi corazón fallece en un gemido,
porque al beso de sombra del olvido,
bajo el ancho moaré de su capota
tu mirada y la tarde se han dormido.

POR LA RUSTICA SENDA...

Por la rústica senda de los cercos, que aclara
tu juvenil batista, con tu mimosa cara
bajo la flor inversa del sombrero Charlotte,
y en la falda asaz fútil, tu pierna de palote
que aún comenta la insípida delgadez colegiala:
al hombro la sombrilla sonora como el ala
con que, pupúreo gallo, te hiciese al sol la rueda,
vibras al sordo fuego de la palabra queda
con que te pongo grave, y en recóndito anhelo,
la sombra de tus nobles ojos aterciopelo.

Abril con su rojiza cabellera Tiziano,
como sensible paje que palidece en vano,
túrbase con un suave delirio de poeta,
y pone en tu abanico la tarde violeta.
La tarde que aún demora, cual nunca femenina,
de codos en la hierba, detrás de la colina.

Cuando alguna aspereza de la escabrosa calle,
me obliga—oh cuantas veces—a abandonar tu talle,
tu gárrulo volado susurra más ligero,
y bajo un polvoroso rayo del sol rastrero,
espoléanlo de oro tus altos escarpines.
tu paso deshójanse ilusorios jazmines.

Y mi amor va buscando como tenaz abeja,
la guinda ruborosa que inflamara en tu oreja.

De la sierra lejana llega un trino remoto.
Una pureza angélica extasía el monótono
azul, clarificado de luz amortecida.
Y fácilmente vemos lo bella que es la vida.
Así purificados por la emoción aquella,
aguardamos la hora de contemplar tu estrella.
Y tardías palomas nos entreabren pañuelos,
tendidos a las radas pálidas de los cielos.

DIVAGACION LUNAR

Si tengo la fortuna
de que con tu alma mi dolor se integre,
te diré entre melancólico y alegre
las singulares cosas de la luna.

Mientras el menguante exiguo
a cuyo noble encanto ayer amaste,
aumenta su desgaste
de sequín antiguo;
quiero mezclar a tu champaña,
como buen astrónomo teórico,
su luz, en sensación extraña
de jarabe hidroclórico.
Y cuando te envenene
la pálida mixtura,
como a cualquier romántica Eloísa o Irene,
tu espíritu de amable criatura
buscará una secreta higiene
en la pureza de mi desventura.

Amarilla y flacucha,
la luna cruza el azul pleno,
como una trucha
por un estanque sereno.

Y su luz ligera,
indefiniendo asaz tristes arcanos,
pone una mortuoria traslucidez de cera
en la gemela nieve de tus manos.

Cuando aun no estaba la luna, y afuera
como un corazón poético y sombrío
palpitaba el cielo de primavera,
la noche, sin tí, no era
más que un oscuro frío.
Perdida toda forma, entre tanta
oscuridad, eras sólo un aroma;
y el arrullo amoroso ponía en tu garganta
una ronca dulzura de paloma.
En una puerilidad de tactos quedos,
la mirada perdida en una estrella,
me extravié en el roce de tus dedos.
Tu virtud fulminaba como una centella...
Mas el conjuro de los ruegos vanos
te llevó al lance dulcemente inícuo,
y el coraje se te fué por las manos
como un poco de agua por un mármol oblícuo.

La luna fraternal, con su secreta
intimidad de encanto femenino,
al definirte hermosa te ha vuelto coqueta.
Sutiliza tus maneras un complicado tino;
en la lunar presencia,
no hay ósculo que el labio suelde;
y sólo tu seno de audaz incipiencia,
con generosidad rebelde
continúa el rítmo de la dulce violencia.

Entre un recuerdo de Suiza
y la anécdota de un oportuno primo,

tu crueldad virginal se sutiliza;
y con sumisión postiza
te acurrucas en pérfido mimo,
como un gato que se hace una bola
en la cabal redondez de su cola.
Es tu ilusión suprema
de joven soñadora,
ser la joven mora
de un antiguo poema.
La joven cautiva que llora
llena de luna, de amor y de sistema.

La luna enemiga
que te sugiere tanta mala cosa,
y de mi brazo cordial te desliga,
pone un detalle trágico en tu intriga
de pequeño mamífero rosa.
Mas al amoroso reclamo
de la tentación, en tu jardín alerta,
tu grácil juventud despierta
golosa de caricia y de *Yoteamo*.
En el albaricoque
un tanto marchito de tu mejilla,
pone el amor un breve toque
de carmín, como una lucecilla.
Lucecilla que a medias con la luna
tu rostro excava en escultura inerte,
y con sugestión oportuna
de pronto nos advierte
no sé qué próximo estrago,
como el rizo anacrónico de un lago
anuncia a veces el soplo de la muerte...

CREPUSCULOS DEL JARDIN

I

ANDANTE

Al diáfano candor de un cielo vago,
cobra el parque selvática espesura.
En el azul silencio de su hondura,
límpidas teclas profundiza el lago.

El implacable amor pone en su halago
una anticipación de noche oscura,
y en la morada ojera prefigura
el lóbrego beleño de su estrago.

Con un romanticismo de cautivas,
perfuman azucenas excesivas.
La senda de volver se borra incierta...

Y entre los labios dulcemente presos,
se nos deshoja el corazón en besos,
como una rosa demasiado abierta.

II

ADAGIO

Oh carbón del delirio que en morosa
desolación, los párpados enluta:
frase de teclas negras que transmuta
el suspiro en celeste mariposa:

Sabor de húmedos pétalos de rosa,
que embriaga de frescor la boca enjuta:
ingénua dicha de perder la ruta
por encontrar los labios de la Esposa:

Temas de amor, si está de manifiesto
lo pálido y dichoso que me han puesto,
mi humilde flauta a su alabanza obligo.

Y en la tarde, al bogar de la piragua,
con un dedo pueril rayando el agua,
mi dulce bien los cantará conmigo.

III

SCHERZO

Una noche muy clara todavía
sobre la tierra azul de las montañas,
la estrella proverbial de las cabañas
como un dulce cordero conducía.

Difundiendo ilusorias telarañas
te envolvió mi especiosa cortesía,
y en jovial frenesí de melodía
pánico viento numeró las cañas.

Bajo la cabellera asaz confusa
del sauzal, murmurábanos la esclusa
un remoto temor de encrucijada...

Y ponía en nuestro íntimo alborozo,
el convulso cristal de su sollozo
la náyade en las sombras degollada.

IV

ALLEGRO, MA NON TROPPO

La luna! Por mis pálidos castillos
en el aire, al pasar barre indecisa,
en hojarasca musical, la brisa,
un valse de lejanos organillos.

La agridulce tijera de los grillos
corta a Pierrot su lánguida camisa,
y el lunático valse te improvisa
temas de amor ligeros y sencillos.

Con ironía gárrula, aunque tierna,
el arroyuelo que te vió la pierna
ríe tu delgadez sin causa alguna.

Y en congratulación de nuestro caso,
la circunfleja cara del payaso
su disco de papel rompe en la luna.

V

RONDÓ

Parque sentimental; senda escondida
donde encontré sus labios; fiel pureza
que en ese lago copia su belleza,
de copiarla, a su vez, embellecida.

Este es el buen país sin despedida,
en que buscando la única certeza,
el asno filosófico tropieza
con el granito de oro de la vida.

Dócil como la seda a su destino,
nuestra dicha, hasta el fin, hará el camino
de rosas de tus besos, noble y bella.

Y la muerte de amor, con dulce alarde,
nos dará en el silencio de una tarde
la ilusión de volar hacia una estrella.

ENDECHA

Callada noche de amor
en cuita de almas propensas
que une las manos intensas
con un remoto temblor.

Soledad de la ventura,
donde el aire rumoroso
sensibiliza un reposo
de jardín y de agua oscura;

Hasta parecer que al fin,
nuestra emoción taciturna
se dilata en la nocturna
palpitación del jardín.

Como en una onda de tul
nuestra quimera remonta,
y la noche nos apronta
su profundo lecho azul.

Melancólico cantar
parece que se enajena
con la anticipada pena
de lo que no ha de durar.

Y en la fútil muselina,
tu brazo delgado y fresco,
a mi dolor gigantesco
más íntimo se avecina.

Mi inquietud palpa en tu anillo
no sé qué vaga certeza
para tu delicadeza
de amoroso huevecillo.

Y en las estrellas perdida,
adivino que persiste
tu mirada oscura y triste
porque contiene mi vida.

Así en tu ensueño estelar,
como en un luto hondo y bello,
pone un romántico sello
la nobleza de penar.

Tu amor en la poesía
de tus ojos está expreso
tan fielmente, que por eso
se vuelve melancolía;

Pues si el beso da su encanto
genuino a los labios rojos,
es condición de los ojos
la fidelidad del llanto.

A mí te acoges mimosa,
con la ternura infinita
de ser sólo una cosita
pequeñita y deliciosa.

Tu seno que dócil late
en tu blusa conveniente,

calma con gracia inocente
el fervor de mi combate.

Y al amor de un madrigal,
te llamo entre dulces bromas,
Suavidad de Cuatro Aromas,
como en un cuento oriental.

Mas ese instante divino
que vive tu juventud,
lleva en su misma quietud
la congoja del destino.

Cada murmullo de viento
me dice, en soplo de muerte,
qué cerca estoy de perderte
cuando más mía te siento.

Qué graves son las quimeras,
qué breves las alegrías,
oh *Suave* que morirías,
oh mi *Triste*, si supieras...

Con temeroso recelo,
en cada vuelo lejano
creo advertir una mano
que te llama desde el cielo.

Si en la noche desolada,
profundo sueño te mece,
qué lóbrego me parece
tu cabello en la almohada.

Y mi alma de amor transida,
goza más con estar cierta,
que nunca sabrás despierta
lo que te quiero dormida.

Ya sobre el jardín sombrío,
de primavera encantado,
el firmamento ha virado
como un profundo navío.

En el follaje escondida,
una estrella grande y clara,
parece que nos ampara
lejos del mundo y la vida.

Con análogo esplendor
que en luz duplica tus huellas,
tiembla llorado de estrellas
el cielo de nuestro amor.

En lo hondo de nuestro ser
la quimera se encapricha,
y es más dulce que la dicha
la tristeza de querer.

PASEO SENTIMENTAL

Ibamos por el pálido sendero
hacia aquella quimérica comarca,
donde la tarde, al rayo del lucero,
se pierde en la extensión como una barca.

Deshojaba tu amor su blanca rosa
en la melancolía de la estrella,
cuya luz palpitaba temerosa
como la desnudez de una doncella.

El paisaje gozaba su reposo
en frescura de acequia y de albahaca.
Retardando su andar, ya misterioso,
lenta y oscura atravesó la vaca.

La feliz soledad de la pradera
te abandonaba en égloga exquisita,
y el vibrante silencio sólo era
la pausa de una música infinita.

Púsose la romántica laguna
sombríamente azul, más que de cielo.
de serenidad grave, como una
larga quejumbre de *violoncello*.

La ilusión se aclaró con indecisa
debilidad de tarde en tu mirada,
y blandamente perfumó la brisa
como una cabellera desatada.

La emoción del amor que con su angustia
de dulce enfermedad, nos desacerba,
era el silencio de la tarde mustia
y la piedad humilde de la hierba.

Humildad olorosa y solitaria
que hacia el lívido ocaso decaía,
cual si la tierra en lúgubre plegaria
se postrase ante el cielo en agonía.

Al sentir más cordial tu brazo tierno,
te murmuré, besándote en la frente,
esas palabras del lenguaje eterno,
que hacen cerrar los ojos dulcemente.

Tus labios en callada sutileza,
rimaron con los míos ese idioma,
y así en mi barba de leal rudeza,
fuiste la salomónica paloma.

Ante la demisión de aquella calma
que tantos desvaríos encapricha,
sentí en el beso extremecerse tu alma
al borde del abismo de la dicha.

Mas en la misma atónita imprudencia
de aquel frágil temblor de porcelana,
a mi altivez confiaste tu inocencia
con una fiel seguridad de hermana.

Y de mi propio triunfo prisionero,
me ennobleció la legendaria intriga

que sufre tanto aciago caballero
portante el mal de rigorosa amiga.

Sonaba aquel cantar de los rediles,
tan dulce que parece que te nombra.
y florecía estrellas pastoriles
el inmenso ramaje de la sombra.

La noche armonizábase oportuna
con la emoción del cántico errabundo,
y la luz religiosa de la luna
iba cantando suavemente al mundo.

Sol del ensueño, a cuya magia blanca,
conservas, perpetuado por mi afecto,
el azahar que imarcesible arranca
la novia eterna del amor perfecto.

Tonada montañesa que atestigua
una quejosa intimidad de amores,
apalabrando con su letra antigua
el dulce lamentar de los pastores.

Y vino el llanto a tu alma taciturna,
en esa plenitud de amor sombrío
con que deja correr la flor nocturna
su venturoso exceso de rocío;

Pues quién no sentirá la paz agreste
desvanecida de tristeza, cuando
un plenilunio lánguido y celeste,
cifra el idilio en que se muere amando.

Bajo esa calma en que el deseo abdica,
yo fuí aquel que asombró a la desventura.
ilustre de dolor como el pelíca-
no en la fiera embriaguez de su amargura.

Así purificados de infortunio,
en ilusión de cándida novela,
bogamos el divino plenilunio
como debajo de una blanca vela.

Ibamos por el pálido camino
hacia aquella quimérica comarca,
donde la luna, al dejo vespertino,
vuelve de la extensión como una barca.

Y ante el favor sin par de la fortuna
que te entregaba a mi pasión rendida,
con qué desgaire comulgué en la luna
la rueda de molino de la vida.

Difluía a lo lejos la inconclusa
flauta del agua, musical delirio;
y en él embebecida mi alma ilusa,
fue simple como el asno y como el lirio.

Sonora noche en que como un cordaje
la sombra azul nos dió su melodía.
Claro de luna que al nupcial viaje,
alas de cisne en su blancura abría...

Aunque la verdad grave de la pena,
bien sé que pronto los ensueños trunca,
cada vez que te beso me enajena
la ilusión de que no hemos vuelto nunca.

Porque esa dulce ausencia sin regreso,
y ese embeleso en victorioso alarde,
glorificaban el favor de un beso,
una tarde de amor... como esta tarde...

AVE MIA GRATIA PLENA

Abre la flor su tímido capullo
a las temperies del ambiente amigo,
y la tórtola agreste con su arrullo
anuncia ya la madurez del trigo.

El paisaje, algo adusto en su atonía,
de nuestro grave amor forma el emblema:
los crepúsculos visten todavía
un raso gris de distinción suprema.

Ese tono angustiosamente vago,
ahonda una tristeza nada ingrata;
el agua serenísima del lago,
sensible como un cutis, se amorata.

Tras del sauzal desnudo que se encorva
sobre ella, el cielo diáfano clarea
su azul de frialdad un poco torva
como las castidades de una fea.

Y la invernal beatitud se obstina
en dar, con su mutismo visionario,
a tu aquiescente luto de sobrina,
una solemnidad de aniversario.

Mas la otra tarde, a la hora en que se esconde
el sol, y como en vísperas de ausencia

las manos se unen más, no sé de dónde
nos llegó una floral evanescencia.

Elucidando tu ideal sin norma,
su soplo, con tibiezas mortecinas,
fue el invisible cuerpo que dió forma
al flotante guipur de las cortinas.

En la umbrosa avenida que se aleja
hacia quien sabe qué misterio eclógico,
evocaste la clásica pareja
de algún amable Infierno psicológico.

Avanzaban los dos en la vislumbre,
profundizando la íntima ternura
de tu piedad, con una certidumbre
tan dulce de morir, que era ventura.

Y te dije—«te acuerdas...» Y tus ojos
me dijeron—«te acuerdas?...» Y un reproche
en que había más lástimas que enojos,
en nuestra alcoba anticipó la noche.

Te acuerdas?... El salón vasto y seguro...
La estufa en que mermaban los tizones...
Lucían en el techo casi oscuro
su anodino esplendor los artesones.

Bajo las rigideces laceradas
del severo brocado en desaliño,
con la espontaneidad de las granadas
maduras, se entreabría tu corpiño.

O bien tus manos, para dar, calmantes
como el silencio, su beleño ambiguo,
mecían, torturadas de diamantes,
el alma de algún músico ya antiguo.

Y soñábamos góndolas discretas...
O en gárrulo sainete de amoríos,
pompones, bandolines y caretas
preludiando corteses desafíos.

(La espada que a tu prez vidas tributa,
y émula de Tizona y de Altaclara,
vibra al acometer, fina y enjuta,
su alegre desnudez que el sol aclara).

O decíamos versos lentamente...
Cual lánguida doncella que investiga
el dilema de amor correspondiente
en la flor que deshoja con fatiga.

El noble vino de tu amor me diste;
y en horas de abandono y de infortunio,
si fue mi noche tu mirada triste,
fue tu blancura astral mi plenilunio.

Por presagios insólitos opresos,
sombreamos de dolor nuestra delicia;
y cuando ya el cansancio de los besos
desazonaba la voraz caricia;

En cadencia obsesora te nombraba,
para seguir, con mis arbitrios sabios,
besándote en tu nombre que pasaba
en miel diminutiva por mis labios.

Y no me amaste más; en vano alcance
perseguí tus quimeras, y aquel drama
fue sencillo y veraz como el percance
de un vaso que se rompe y se derrama.

Ese recuerdo, endecha de infinita
tristura, ante las pálidas praderas

que extasía la tarde, resucita
con su remordimiento tus ojeras.

Tu faz se anega en lágrimas sencillas
como los manantiales y el rocío:
y el indulgente amor, en tus mejillas
esclarece un crepúsculo tardío.

Sacuden su sopor viejas pasiones,
como fieras magníficas y lerdas,
y es la calma de nuestros corazones
frágil silencio de estiradas cuerdas.

La noche, en la angustiosa lontananza,
a su tocado azur prende una estrella;
tus manos, eficaces de esperanza,
vacilan en rendirse a mi querella.

Y con la gran quietud, pone tu luto
una inefable angustia en su poesía,
porque en la indecisión de ese minuto
pasa la eternidad, amada mía

LUNA MALIGNA

Con pérfido aparato
de amorosa fatiga,
luce su oro en la intriga
y en el ojo del gato.

Poetas, su recato
no pasa de su liga;
evitad que os consiga
su fácil celibato.

El dulce Shakspear canta
su distinción de infanta;
mas cuando su alma aduna

Con Julieta infelice,
swear not by the moon, dice:
«no juréis por la luna»...

HIMNO A LA LUNA

Luna, quiero cantarte
¡oh ilustre anciana de las mitologías!
con todas las fuerzas de mi arte.

Deidad que en los antiguos días
imprimiste en nuestro polvo tu sandalia,
no alabaré el litúrgico furor de tus orgías
ni su erótica didascalia,
para que alumbres sin mayores ironías,
al polígloto elogio de las Guías,
noches sentimentales de *mises* en Italia.

Aumenta el almiscle de los gatos de algalia,
exaspera con letárgico veneno
a las rosas ebrias de etileno
como cortesanas modernas;
y que a tu influjo activo,
la sangre de las vírgenes tiernas
corra en misterio significativo.

Yo te hablaré con maneras corteses
aunque sé que sólo eres un esqueleto,
y guardaré tu secreto
propicio a las cabelleras y a las mieses.

Te amo porque eres generosa y buena.
¡Cuánto, cuánto albayalde

llevas gastado en balde
para adornar a tu hermana morena!

El mismo Polo recibe tu consuelo:
y la Osa estelar desde su cielo,
cuando huye entre glaciales moles
la luz que tu veste orla,
gime de verse encadenada por la
gravitación de sus siete soles.
Sobre el inquebrantable banco
que en pliegues rígidos se deprime y se esponja,
pasas como púdica monja
que cuida un hospital todo de blanco.

Eres bella y caritativa:
el lunático que por ti alimenta
una pasión nada lasciva,
entre sus quiméricas novias te cuenta.
¡Oh astronómica siempreviva!
Y al asomar la frente
tras de las chimeneas, poco a poco,
haces reír a mi primo loco
interminablemente.

En las piscinas,
los sauces, con poéticos desmayos,
echan sus anzuelos de seda negra a tus rayos
convertidos en relumbrantes sardinas.

Sobre la diplomática blancura
de tu faz, interpreta
sus sueños el poeta,
sus cuitas la romántica criatura
que suspira algún trágico evento;
el mago del Cabul o la Nigricia,
su conjuro que brota en plegaria propicia:

«¡Oh tú, ombligo del firmamento!»
Mi ojo científico y atento
su pesimismo lleno de pericia.

Como la lenteja de un péndulo inmenso,
regla su transcurso la dulce hora
del amante indefenso
que por fugaz la llora,
implorando con flébiles querellas
su impavidez monárquica de astro;
o bien semeja ampolla de alabastro
que cuenta el tiempo en arena de estrellas

Mientras redondea su ampo
en monótono viaje,
el Sol, como un faisán crisolampo,
la empolla con ardor siempre nuevo.
¿Qué olímpico linaje
brotará de ese luminoso huevo?

Milagrosamente blanca,
satina morbideces de *cold-cream* y de histeria;
carnes de espárrago que en linfática miseria,
la tenaza brutal de la tos arranca.

¡Con qué serenidad sobre los luengos
siglos, nieva tu luz sus tibios copos,
implacable ovillo en que la vieja Atropos
trunca tantos ilustres abolengos!

Ondina de las estelas,
hada de las lentejuelas.

Entre nubes al bromuro,
encalla como un témpano prematuro,
haciendo relumbrar, en fractura de estrella,
sobre el solariego muro

os cascos de botella.
Por el confín oscuro,
con nárcotico balanceo de cuna,
las olas se aterciopelan de luna;
y abren a la luz su tesoro
en una dehiscencia de valvas de oro.
Flotan sobre lustres escurridizos
de alquitrán, prolongando oleosas listas.
guillotinadas por el nivel entre rizos
arabescos, cabezas de escuálidas bañistas
Charco de mercurio es en la rada
que con veneciano cariz alegra,
o acaso comulgada
por el agua negra
de la esclusa del molino,
sucumbe con trance aciago
en el trago
de algún sediento pollino.
O entra con rayo certero
al pozo donde remeda
una moneda
escamoteada en un sombrero.

Bajo su lene seda,
duerme el paciente febrífugo su ño,
cuando en grata penumbra,
sobre la selva que el otoño herrumbra
surge su cara sin ceño;
su azufrado rostro sin orejas
que sugiere la faz lampiña
de un mandarín de afeitadas cejas;
o en congestiones bermejas
como si saliera de una riña,
sobre confusos arrabales

finge la lóbrega linterna,
de algún semáforo de Juicios Finales
que los tremendos trenes de Sabaoth interna.

Solemne como un globo sobre una
multitud, llega al cénit la luna.

Clarificando al acuarela el ambiente,
en aridez fulgorosa de talco
transforma al feraz Continente—
lámpara de alcanfor sobre un catafalco.
Custodia que en Corpus sin campanas
muestra su excelsitud al mundo sabio,
reviviendo efemérides lejanas
con un arcaismo de astrolabio;
inexpresable cero en el infinito,
postigo de los eclipses,
trompo que en el hilo de las elipses
baila eternamente su baile de San Vito:
hipnótica prisionera
que concibe a los malignos hados
en su estéril insomnio de soltera;
Verónica de los desterrados;
girasol que circundan con intrépidas alas
los bólidos, cual vastos colibríes,
en conflagración de supremas bengalas;
Ofelia de los alelíes
demacrada por improbables desprecios;
candela de las fobias,
suspiráculo de las novias,
pan ázimo de los necios.

Al resplandor turbio
de una luna con ojeras,
los organillos del suburbio
se cariañ las teclas moliendo habaneras.

Como una dama de senos yertos
clavada de sien a sien por la neuralgia,
cruza sobre los desiertos
llena de más allá y de nostalgia
aquella luna de los muertos.
Aquella luna deslumbrante y seca—
una luna de la Meca...

Tu fauna dominadora de los climas,
hace desbordar en cascadas
el gárrulo caudal de mis rimas.
Desde sus islas moscadas,
misántropos orangutanes
guiñan a tu faz absorta;
bajo sus anómalos afanes
una frecuente humanidad aborta.
Y expresando en coreográfica demencia
quién sabe qué liturgias serviles,
con sautores y rombos de magros perniles
te ofrecen, Quijotes, su cortés penitencia.

El vate que en una endecha a la Hermosura
sueña beldades de raso altanero,
y adorna a su modista, en fraudes de joyero,
con una pompa anárquica y futura,
¡oh Blanca Dama! es tu faldero;
Pues no hay tristura
rimada, o metonimia en quejumbre,
que no implore tu lumbre
como el Opodeldoch de la Ventura.

El hipocondríaco que moja
su pan de amor en mundanas hieles,
y, abstruso célibe, deshoja
su corazón impar ante los carteles,

donde aéreas coquetas
de piernas internacionales,
pregonan entre cromos rivales
lociones y bicicletas.

El gendarme con su paso
de pendular mesura;
el transeunte que taconea un caso
quirúrgico, en la acera oscura,
trabucando el nombre poco usual
de un hemostático puerperal.

Los jamelgos endebles
que arrastran como aparatos de Sinagoga
carros de lúgubres muebles.
El ahorcado que templa en *do*, *re*, *mi*, su soga,
el sastre a quien expulsan de la tienda
lumbagos insomnes,
con pesismismo de *ab uno disce omnes*
a tu virtud se encomienda;
y alzando a tí sus manos gorilas,
te bosteza con boca y axilas.

Mientras te come un pedazo
cierta nube que a barlovento navega,
cándidas Bernarditas ciernen en tu cedazo
la harina flor de alguna parábola labriega.

La rentista sola
que vive en la esquina,
redonda como una ola,
al amor de los céfiros sobre el balcón se inclina:
y del corpiño harto estrecho,
desborda sobre el antepecho
la esférica arroba de gelatina.

Por su enorme techo,
la luna, Colombina,
cara de estearina,
aparece no menos redonda;
y en una represalia de serrallo,
con la cara reída por la pata de gallo,
como a una cebolla Pierrot la monda.

Entre álamos que imitan con rectitud extraña,
enjutos ujieres,
como un ojo sin iris tras de anormal pestaña,
la luna evoca nuevos seres.

Mayando una melopea insana
con ayes de parto y de gresca,
gatos a la valeriana
deslizan por mi barbacana
el suspicaz silencio de sus patas de yesca.

En cierta fonda tudesca,
cierto doncel que llegó en un cisne manso,
cisne o ganso,
pero, al fin, un ave gigantesca;
a la caseosa Balduina,
la moza de la cocina,
mientras estofaba una leguminosa vaina,
le dejó en la jofaina
la luna de propina.

Sobre la azul esfera,
un murciélago sencillo,
voltejea cual negro plumerillo
que limpia una vidriera.

El can lunófilo, en pauta de maitines,
como una damisela ante su partitura,

llora enterneciendo a los serafines
con el primor de su infantil dentadura.

El tiburón que anda
veinte nudos por hora tras de los paquebotes,
pez voraz como un lord en Irlanda,
soborea aún los precarios jigotes
de aquel rumiante de barcarolas,
que una noche de caviar y cerveza,
cayó lógicamente de cabeza
al compás del valse «Sobre las Olas».
La luna, sobre el mar pronto desierto,
amortajó en su sábana inconsútil al muerto,
que con pirueta coja
hundió su excéntrico descalabro,
como un ludión un poco macabro,
sin dar a la hidrostática ninguna paradoja.

En la gracia declinante de tu disco
bajas acompañada por el lucero
hacia no sé qué conjetural aprisco,
cual una oveja con su cordero.
Bajo tu rayo que osa
hasta su tálamo de breña,
el león diseña
con gesto merovingio su cara grandiosa.
Coros de leones
saludan tu ecuatorial apogeo,
coros que aun narran a los aquilones
con quejas bárbaras la proeza de Orfeo.

Desde el seto de los abedules,
el ruiseñor en su estrofa,
con lírico delirio filosofa
la infinitud de los cielos azules.

Todo el billón de plata
de la luna, enriquece su serenata;
las selvas del Paraíso
se desgajan en coronas,
y surgen en la atmósfera de nacarado viso
donde flota un Beethoven indeciso
Terueles y Veronas. . .

El tigre que en el ramaje atenúa
su terciopelo negro y gualdo
y su mirada hipócrita como una ganzúa;
el buho con sus ojos de caldo;
los lobos de agudos ojos judiciales,
la democracia de los chacales—
clientes son de tu luz serena.
Y no es justo olvidar a la oblicua hiena.

Los viajeros,
que en contrabando de balsámicas valijas
llegan de los imperios extranjeros,
certificando latitudes con sus sortijas
y su tez de tabaco o de aceituna,
qué bien cuentan en sus convincentes rodillas,
aquellas maravillas
de elefantes budistas que adoran a la luna.
Paseando su estirpe obesa
entre brezos extraños,
mensuran la dehesa
con sonámbulo andar los rebaños.

Crepitan con sonoro desasosiego
las cigarras que tuesta el Amor en su fuego.

Las crasas ocas,
regocijo de la granja,
al borde de su zanja

gritan como colegialas locas
que ven pasar un hombre malo...
Y su anárquico laberinto,
anuncian al Senado extinto
el ancestral espanto galo.

Luna elegante en el nocturno balcón del Este;
luna de azúcar en la taza de luz celeste;
luna heráldica en campo de azur o de sinople—
yo seré el novel paladín que acople
en tu tabla de espectación,
las lises y quimeras de su blasón.

La joven que aguarda una cita, con mudo
fervor, en que hay bizcos agüeros, te implora;
y si no llora,
es porque sus polvos no se le hagan engrudo.
Aunque el estricto canesú es buen escudo,
desde que el novio no trepará la reja,
su timidez de corza
se complugo en poner bien pareja
la más íntima alforza.
Con sus ruedos apenas se atreve la brisa,
ni el Angel de la Guarda conoce su camisa.
y su batón de ceremonia
cae en pliegues tan dóricos, que amonesta
con una austeridad lacedemonia.
Ella que tan zumbona y apuesta,
con malicias que más bien son recatos,
luce al sol popular de los días de fiesta
el charol de sus ojos y sus zapatos;
bajo aquel ambiguo cielo
se abisma casi extática,
en la diafanidad demasiado aromática
de su pañuelo.

Pobre niña, víctima de la felona noche,
¡de qué le sirvió tanto pundonoroso broche!

Mientras padece en su erótico crucifijo
hasta las heces el amor humano,
ahoga su ¡ay! soprano
un gallo anacrónico del distante cortijo.

En tanto, mi atención perseverante
como un camino real, persigue, oh luna,
tu teorema importante.
Y en metáfora oportuna
eres el ebúrneo mingo,
que busca por el cielo, mi billar del Domingo,
no sé qué carambolas de esplín y de fortuna.

Solloza el mudo de la aldea,
y una rana burbujea
cristalinamente en su laguna.

Para llegar a tu gélida alcoba
en mi Pegaso de alas incompletas,
me sirvieron de estafetas
las brujas con sus palos de escoba.

A través de páramos sin ventura
paseas tu porosa estructura
de hueso fósil, y tus poros son mares
que en la áridez de sus riberas,
parecen maxilares
de calaveras.

Deleznada por siglos de intemperie, tu roca
se desintegra en bloques de tapioca.
Bajo los fuegos ustorios
del sol que te martiriza,

sofocados en desolada ceniza,
playas de celuloide son tus territorios.

Vigilan tu soledad
montes cuyo vértigo es la eternidad.

El color muere en tu absoluto albinismo
y a pesar de la interna carcoma
que socava en tu seno un abismo,
todo es en tí inmóvil como un axioma.

El resíduo alcalino
de tu aire, en que un cometa
entró como un fósforo en una probeta
de alcohol superfino;
carámbanos de azogue en absurdo aplomo;
vidrios sempiternos, llagas de bromo;
silencio inexpugnable,
y como paradójica dendrita,
la huella de un prehistórico selenita
en un puñado de yeso estable.

Mas ya dejan de estregar los grillos
sus agrios esmeriles,
y suena en los pensiles
la cristalería de los pajarillos.

Y la Luna que en su halo de ópalo se engarza,
bajo una batería de telescopios,
como una garza
que escopetean cazadores impropios,
cae al mar de cabeza
entre su plumazón de reflejos;
pero tan lejos,
que no cobrarán la pieza.

LUNA CREPUSCULAR

La tarde sobre la palpitación marina,
donde finos lingotes el ocaso fragua,
parece aprontarte una divina
anegación de luz y de agua.
Tu alma ligera como la velutina,
sobre las leves siluetas
aquel pálido conjunto,
anticipa en encanto de lunar asunto
los habituales *Angelus* violetas.

El jardín, con sus íntimos retiros,
dará a tu alado ensueño fácil jaula,
donde la luna te abrirá su aula
y yo seré tu profesor de suspiros.
El astro, entre los árboles espesos,
hará a nuestra miseria suntuosa tramoya;
y por no desprendernos de tan alta joya,
nos moriremos de hambre, de poesía y de besos.

Mas ya la luna con amable trueque,
por el balcón que en fondos lilas se dilata,
libra en blanco—naturalmente—su cheque,
y estamos ya nadando en plata.
Con no sé qué presagio oscuro,

tu mente en penas vagas se encapricha;
y mi amistad ofrece a tu desdicha
una fidelidad de viejo muro.
En el coqueto cruce
de tu fichú casi estricto,
para mi amor, como la sombra adicto,
tibiezas de perla la luna trasluce.
La soledad de nuestra ventura,
reina sin la impureza de un estorbo,
y cada beso bebe alma como un sorbo
de agua sensible y oscura.
El espejo, que ansiando la doble certeza
de tu imagen, con ojos insaciables taladro,
adquiere al llenarse con tu belleza
una dignidad de noble cuadro.
En su macilento
baño de luz, tu cuerpo sumerge
su blanco estremecimiento;
y yo vigilo cual taciturno conserje
aquel pálido portento.
Sólo la luna puede tocar con sus destellos
el íntegro alabastro de tu persona,
cuando desciende sobre tus cabellos
con una serenidad de corona.

Y para que postergue
su caricia oportuna
como un sueño futuro en nuestro albergue,
tu desnudez será su lámpara, una
suave lámpara llena de luna.

La aguda sutileza
con que mi amor deleito
provocando a tus gracias dulce pleito,
doblega tristemente tu cabeza.

En el azul ambiguo
donde la luna su ópalo incrusta,
asume la hora una serenidad augusta
de crepúsculo antiguo.
Sobre la armonía griega
del paisaje, que casi nocturno ya reposa,
el crepúsculo mezcla un vaho rosa
a aquel débil oro de luna veraniega.
En la onda cercana,
pasea un cisne su fineza de duque;
y parece que por la abierta ventana
la tarde nos meciera como un tranquilo buque.

NEW MOWN HAY

Aunque temprano, se aletarga el día
en su blonda tibieza; un gran sosiego,
si no turba, atempera la alegría
dominical, del parque solariego.

El otoño clemente que aun perfuma
de resedá sus albas más tranquilas,
mezcla con los follajes y la bruma
tenues azules y difusos lilas.

El tiple carillón del presbítero
congrega a los rurales feligreses;
un poco más allá del cementerio
recién blanqueado, amarillean mieses.

Si ya hay niebla—¡oh, muy poca!—es solo para
dar a la aurora suavidad más bella,
como polvo de arroz que mitigara
sus excesivas rosas de doncella.

En suspicaz enjambre, las amigas
que libertara un oportuno asueto,
vendrán a reposar de sus fatigas
poco estudiosas, al jardín discreto.

Otilia, presintiéndolas, madruga;
y desoyendo a la mimosa abuela,

se decide a emprender alegre fuga
con su noble lebrel de centinela.

Su paso turba el conventual mutismo
del peinado jardín que se aburría,
en el fácil rigor y el servilismo
matemático de la simetría.

Bajo la cofia de profuso encaje,
su carita a la vez traviesa y boba,
en la gracia apacible del paisaje
como sombreada de quietud se arroba.

Frívola ambigüedad forma su gala,
prestando, con sutil coquetería,
a su ciencia precoz de colegiala
sus candideces de Hija de María.

Y si cuando la embriaga la locura
del columpio lanzado a todo vuelo,
muestra sus piernas de ducal finura
con la ingenua malicia de un pilluelo;

En la capilla, en oblación austera,
con piadosas ternuras acaricia
un ensueño claustral—y si no fuera
por el cabello, entrara de novicia.

Contiene y turba su inocencia extraña:
y cuando ríe con locuaces trinos,
se piensa vagamente en el champana
que acidula los besos clandestinos.

Desde el pasado abril, no bien completo,
hay algo en ella levemente huraño,
y su corpiño, en virginal secreto,
junto con las manzanas se hinchó este año.

Evoca un paje rubio su esperanza,
como un poema de visiones rico,
en el título azul de una romanza
o en el tema de amor de un abanico.

Ismenia tiene novios, y Clorinda
da qué hablar con su boda ya cercana;
pero ella se conoce por más linda
que Ismenia, que Clorinda y que Susana...

Y el tren cuya marcha abrevia el plazo
que separa a las lindas compañeras,
con su fragor de colosal cedazo
disipa en polvo de oro sus quimeras.

LUNA DE LAS TRISTEZAS

Sintiendo vagar por su elegante persona
una desolada intimidad de hastío,
la bella solterona
(treinta y ocho años, regio porte, un tanto frío
de beldad sajona)
desde el tocador ya bastante sombrío
vé morir un crepúsculo en el río,
y a su confidente suavidad se abandona.

La hora se purifica, llena de pesadumbre.
Una voz lejana interpela: ¡Pablo!... ¡Pablo!...
Y un trasatlántico, solemne en la vislumbre,
brama con ronca mansedumbre
como el buey en el establo.
El muelle desierto ábrese a ignotos emporios;
en algunos cables flotan piezas de ropa;
y hacia el azul rogado por *Angelus* ilusorios,
el rancho marinero vaporiza su sopa.
Las dársenas ya opacas de penumbras ligeras,
se paralizan en lívidas charcas.
Y cubre las riberas
una taciturna quietud de barcas
extranjeras...

Con el sosiego artístico
de un cisne que dilata las acuáticas sedas,

un plenilunio místico
encanta en blanco lejanas arboledas.
La noble solitaria,
tiene las penas lógicas de ese cuadro tan propio:
y su inquietud pasionaria
asciende como una plegaria
hacia aquella luna de opio.

Su último amor se ha desvanecido
bajo el silencio de una dignidad sombría,
en la ilusión de un precoz marido
algo bachiller todavía.
El trivial jovenzuelo,
pasó junto a aquella insospechada fortuna,
como un transeunte pasa mirando al cielo.
Por episodios de estos llora más de una.

Fue aquella noche fatal, noche de luna
también. Un sauce palidecía hoja por hoja
en el jardín. Y en el balcón oscuro,
vestida de blanco palpitaba su congoja.
El fumaba pausadamente su puro.

Hablaron algo de crónica mundana;
de Lohengrín que tuvo este año un mal reparto;
del casamiento de Lucía Quintana...
Pero a las once menos cuarto,
el joven, decididamente inepto,
murmuró, «señorita...»
Y concluyó su visita
como siempre. ¡Ah, la eternidad de este concepto!
¡Siempre! Y su alma sombría y tierna,
cemo humedad volátil se le hiela en la frente.
Con dulzura casi materna,
evoca el par de ligas que estrenó inútilmente...
Su falda violeta,

emanaba el perfume inherente;
y en el jardín, al lado de la habitual glorieta,
comentaba su languidez secreta
la melancólica frivolidad de la fuente.
Piensa con angustia nimia,
que ha sido necia su esquivez bisoña;
la pérfida alquimia
de la luna, la emponzoña,
y mientras en el parque macilento,
hila la fuente el lírico cristal de su chorro,
su albo cuerpo asume un mal pensamiento,
como un lirio que traga un abejorro.

Sin duda el ingrato ronda las escuelas,
incendiario el ojo, el alma pronta,
buscando a las insípidas chicuelas
con su moño en la nuca y su vanidad tonta.
Mas, ante la pureza de su propia amargura,
su alma abandonando las terrestres querellas,
se profundiza en lágrimas, como una noche oscura
en estrellas.

El lánguido paisaje,
le da la certidumbre de la nada.
¡Quién la creyera en su alto linaje,
tan sentimental y tan desdichada!

Bajo el dolor exánime que la enerva
ante la sandez del joven libertino,
-con una compasiva docilidad de cierva,-
siente que simboliza su destino,
la sonrisa fútil e infinita
de una estampa siglo dieciocho,
sobre una viejecita
que roe un bizcocho. . .

LA MUERTE DE LA LUNA

En el parque confuso
que con lánguidas brisas el cielo sahuma,
el ciprés, como un huso,
devana un ovillo de bruma.
El telar de la luna tiende en plata su urdimbre:
abandona la rada un lúgubre corsario,
y después suena un timbre
en el vecindario.

Sobre el horizonte malva
de una mar argentina,
en curva de frente calva
la luna se inclina,
o bien un vago nácar disemina
como la valva
de una madreperla a flor de agua marina.

Un brillo de lóbrego frasco
adquiere cada ola,
y la noche cual enorme peñasco
va quedándose inmensamente sola.

Forma el tic-tac de un reloj accesorio,
la tela de la vida, cual siniestro pespunte.
Flota en la noche de blancor mortuorio
una benzoica insipidez de sanatorio,
y cada transeúnte
parece una silueta del Purgatorio.

Con emoción prosaica,
suena lejos, en canto de lúgubre alarde,
una voz de hombre desgraciado, en que arde
el ardor negro del rom de Jamaica.
Y reina en el espíritu con subconciencia arcaica,
el miedo de lo demasiado tarde.

Tras del horizonte abstracto,
húndese al fin la luna con lúgubre abandono,
y las tinieblas palpan como el tacto
de un helado y sombrío mono.
Sobre las lunares huellas,
a un azar de eternidad y desdicha,
Orión juega su ficha
en problemático dominó de estrellas.

El frescor nocturno
triunfa de tu amoroso empeño,
y domina tu frente con peso taciturno
el negro racimo del sueño.
En el fugaz desvarío
con que te embargan soñadas visiones,
vacilan las constelaciones;
y en tu sueño formado de aroma y de estío,
flota un antiguo cansancio
de Bizancio...

Languideciendo en la íntima baranda,
sin ilusión alguna
contestas a mi trémula demanda.
Al mismo tiempo que la luna,
una gran perla se apaga en tu meñique;
disipa la brisa retardados sonrojos;
y el cielo como una barca que se va a pique,
definitivamente naufraga en tus ojos.

CLARO DE LUNA

Con la extática elevación de un alma,
la luna en lo más alto de un cielo tibio y leve,
forma la cima de la calma
y eterniza el casto silencio de su nieve.
Sobre el páramo de los techos
se eriza una gata oscura;
el olor de los helechos
tiene una farmacéutica dulzura.

Junto a una inmóvil canoa
que al lago del parque cuenta íntimas vejeces,
una rana croa
como un isócrono cascanueces.
Y una guitarra yace olvidada en la proa.
Blanqueando vecindades halagüeñas
en témpanos de cales inmaculadas,
parecen lunares peñas
las casas aisladas.
La media noche, con suave mutismo,
cava a las horas el fondo de su abismo.
Y anunciando con sonora antonomasia,
el plenilunio a su inmóvil serrallo,
un telepático gallo
saluda al sol antípoda del Asia.

Entre taciturnos sauces,
donde la esclusa
abre sus líquidas fauces
a la onda musical y confusa,
concertando un eclógico programa
de soledad y bosque pintoresco,
gozamos el sencillo fresco
de una noche en pijama.
Con trivial preludio,
que al azar de un capricho se dispersa y restaura,
conturban la futilidad del aura
los lejanos bemoles de un estudio.
La luna obresora
comienza a descender en su camino,
cuando marca precisamente la hora
la llave puntual de mi vecino.
La luna, en su candor divino,
va inmensamente virgen como Nuestra Señora.

Vertiendo como un narcótico alivio
con la extática infinitud de su estela,
poco a poco se congela
su luz, en un nácar tibio.

En el agua oscura sobre la cual desfloca
el sauce ribereño
su cabellera agravada de sueño—
como un sorbete se deslíe una oca.
Diluye un remo su líquido diptongo,
el lago tiembla en argentino engarce,
y una humedad de hongo
por el ambiente se esparce.
El luminoso marasmo,
reintegra la existencia en lo infinito.
Con temeroso pasmo,

la vida invisible nos mira de hito en hito.
En frialdad brusca,
se siente la intimidad coeterna
de un alma inédita que busca
una gota de albúmina materna.
La muerte, como un hálito nulo,
pasa junto a nosotros, y se siente su pausa,
en el lúgubre disimulo
del perro que cambia de sitio sin causa.

Al resplandor yerto,
la misma soledad se dasencaja;
y paralizado en la lunar mortaja,
diríase que el tiempo ha muerto.
Cuando he aquí que poco a poco,
en la próxima ventana,
aparece la cabeza arcana
de un médico loco.
Su mirada serena,
dice infortunios de romántico joven.
Y es tan pura su pena,
que el abismo lunar lentamente se llena,
de divino Beethoven...

LA BLANCA SOLEDAD

Bajo la calma del sueño,
calma lunar de luminosa seda,
la noche
como si fuera
el blando cuerpo del silencio,
dulcemente en la inmensidad se acuesta.
Y desata su cabellera
en prodigioso follaje
de alamedas.

Nada vive sino el ojo
del reloj en la torre tétrica,
profundizando inútilmente el infinito
como un agujero abierto en la arena.
El infinito
rodado por las ruedas
de los relojes,
como un carro que nunca llega.

La luna cava un blanco abismo
de quietud, en cuya cuenca
las cosas son cadáveres
y las sombras viven como ideas.
Y uno se pasma de lo próxima
que está la muerte en la blancura aquella.

De lo bello que es el mundo
poseído por la antigüedad de la luna llena.
Y el ansia tristísima de ser amado,
en el corazón doloroso tiembla.

Hay una ciudad en el aire,
una ciudad casi invisible suspensa,
cuyos vagos perfiles
sobre la clara noche transparentan,
como las rayas del agua en un pliego,
su cristalización poliédrica.
Una ciudad tan lejana,
que angustia con su absurda presencia.

Es una ciudad o un buque
en el que fuésemos abandonando la tierra,
callados y felices,
y con tal pureza,
que sólo nuestras almas
en la blancura plenilunar vivieran?...

Y de pronto cruza un vago
extremecimiento por la luz serena.
Las líneas se desvanecen,
la inmensidad cámbiase en blanca piedra,
y sólo permanece en la noche aciaga
la certidumbre de tu ausencia.

LUNA CAMPESTRE

Infinitamente gimen los ejes broncos
de lejanas carretas en la tarde morosa.
A flor de tierra, entre los negros troncos,
la luna semeja un hongo rosa.
Bajo el bochorno, la hierba seca
permanece asolada y sumisa;
pero ya una ligera brisa
templa la amarga rabia de la jaqueca.
Da el poético molino
su compás hidráulico a la paz macilenta;
y llena de luna su alma simple como la menta,
a ilusorios pesebres rebuzna un pollino.

El sauce llorón con la noche se integra,
como un ermitaño intonso,
que rezara un responso
sobre el agua negra.
En cada menudo pliegue
de la onda, el plenilunio se estaña,
al paso que va amortajando la campaña
su paralizante jalbegue.
Pónense misteriosas las praderas;
suenan últimamente las esquilas pueriles;
los bosques parecen riberas,
y mansos ríos los carriles.

Con la blanda brisa, lléganos
de las hijuelas regadías
el cálido perfume de los oréganos.
Y entre humedades sombrías
de veraniegas albahacas,
una exhalación vegetal de vacas
olorosas como sandías.

El azul del sencillo cielo agrario,
promete a la buena voluntad sus alturas.
Pasa todavía un jinete solitario...
Y hay mozas calladas en las puertas oscuras.

A medida que asciende por el cielo tardío,
la luna parece que inciensa
un sopor mezclado de dulce hastío;
y el sueño va anulando el albedrío
en una horizontalidad de agua inmensa.
Ligero sueño de los crepúsculos, suave
como la negra madurez del higo;
sueño lunar que se goza consigo
mismo, como en su propia ala duerme el ave.

Cuando uno despierta,
con el rostro vuelto al cielo ya bien claro,
el plenilunio le abisma en un desamparo
de alta mar, sin un eco en la noche desierta.
Sobre el disco la ingenua leyenda se concilia
al paisaje astronómico en él inscripto,
haciendo viajar la Sacra Familia
para un quimérico Egipto.
Y está todo: la Virgen con el niño; al flanco
San José (algunos tienen la fortuna
de ver su vara); y el buen burrito blanco
trota que trota los campos de la luna.

Adquiere el alma untimbre de pieza argentina
entre reminiscencias triviales o burlonas:
Aquella tos anómala...la última becasina...
—Un buen tiro—El correo...dos o tres personas....
Y una ternura paulatina
de suaves Juanas y frescas Petronas.

La luna desde el cénit los campos domina;
y el alma se dilata en su portento
con ritmo uniforme y vago,
como el agua concéntrica de un lago
en torno de un cisne lento.
Y pasa uno así la noche entera,
vuelto sobre el vientre desde ha ya largo rato,
hasta que con lúgubre aparato
el disco se hunde tras la horizontal barrera.
Firme en la quimera
de amor tan insensato,
mientras haya nna vislumbre en la pradera.
Fiel como un gato
a la última brasa casera ....

I

TORMENTA

Erase una caverna de agua sombría el cielo;
el trueno, a la distancia, rodaba su peñón;
y una rémota brisa de conturbado vuelo,
se acidulaba en tenue frescura de limón.

Como caliente polen exhaló el campo seco
un relente de trébol lo que empezó a llover.
Bajo la lenta sombra colgada en denso fleco,
se vió al cardal con vívidos azules florecer.

Una fulmínea verga rompió el aire al soslayo;
sobre la tierra atónita cruzó un pavor mortal;
y el firmamento entero se derrumbó en un rayo,
como un inmenso techo de hierro y de cristal.

II

LLUVIA

Y un mimbreral vibrante fue el chubasco resuelto
que plantaba sus líquidas varillas al trasluz,
o en pajonales de agua se espesaba revuelto,
descerrajando al paso su pródigo arcabuz.

Saltó la alegre lluvia por taludes y cauces;
descolgó del tejado sonoro caracol;
y luego, allá a lo lejos, se desnudó en los sauces,
transparente y dorada bajo un rayo de sol.

III

CALMA

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.
Delicia de los gárrulos caudales en desliz.
Cristalina delicia del trino del jilguero.
Delicia serenísima de la tarde feliz.

IV

PLENITUD

El cerro azul estaba fragante de romero,
y en los profundos campos silbaba la perdiz.

ALBA

Hasta que en el Oriente palideció el lucero,
y celebró la alondra con su himno matinal,
la magia del rocío que hace del mundo entero
un lúcido prodigio de bruma y de cristal.

Y pareció que el cielo subía de la tierra
como una vaporosa luz, que en vago temblor,
entornó con la calma de un ala que se cierra,
grandes puertas azules sobre su propio albor.

Y por aquel remoto portal entró la estrella,
lacia su crencha rubia, largo su velo al pie.
Y cual sucede al paso de una clara doncella,
un suspiro fragante su leve ausencia fue.

PLENO SOL

El calor, de vibrante, parecía sonoro.
El cielo era una ténue soflama de alcohol.
Y la siesta como una gruesa castaña de oro,
se entreabría en el ámbito, crepitada de sol.

Bajo el soto cuya íntima sombra la espiaba, acaso
palpitante en la linfa vivaz del manantial,
la náyade torcía su trenza de oro al paso,
y era el agua desnuda su cuerpo de cristal.

Una lánguida brisa, pálida entre sus tules,
corriendo por los campos a su azaroso albur,
removía en los céspedes suaves plantas azules
o en un largo carrizo silbaba el viento del Sur.

La siesta declinaba, y en la aguja vibrante
de un noble álamo, el trino del jilguero feliz,
desmenuzaba claros maíces de diamante,
anunciando a los surcos el oro del maíz.

En generoso aliento se exhalaba el tomillo.
La tarde puso un poco de rosa en su pincel.
Y un haz de sol poniente, ya manso y amarillo,
se tendió ante la casa como un largo lebrel.

Univ. of Arizona Library

LA HORA AZUL

El día con jadeante fatiga de labriego,
alborotado el rizo de su último arrebol,
segaba allá en la linde, que era un perfil de fuego,
sobre ulteriores campos de gavillas de sol.

De este lado del mundo, pálidos abedules
delineaban la tarde cual si fuera un vergel;
y en el fondo, hacia tierras remotamente azules
iba el Silencio andando como un largo lebrel.

Iba el Silencio andando, con su estrellada frente
oculta todavía tras de lo inmaterial;
mas en su pensamiento se azulaba hondamente
la inmensidad con una luz sobrenatural.

¡Y se azuló la hierba; y en un zafiro el monte
se le traslució el alma bajo su torvo añil;
y desleía el cándido cielo del horizonte
una azulina gota, como un lirio de abril.

Callaba el mundo, y desde la trémula distancia
donde un polvo de luna cierne el aire en su tul,
la noche, dilatándose en lánguida fragancia,
subía lentamente como un incienso azul.

FLORES Y ESTRELLAS

Y era aquella noche de las noches más bellas.
El Silencio sobre una blanda quietud de mar,
inclinando su frente coronada de estrellas,
allá en el horizonte se puso a meditar.

Cual de una negra tierra que en claros lirios brota,
iban saliendo estrellas de esa meditación,
cuyo ritmo animaba sobre la mar remota,
largas cuerdas azules en su palpitación.

Y el Silencio crecía; y a veces, de su calma,
cual se desprende el pétalo de un lánguido jazmín,
en una lenta lágrima de luz se le iba el alma,
y era una estrella errante caída en el confín.

El trémulo universo, saliendo de sí mismo,
en flores y en estrellas manifestó su sér.
Los ojos del Silencio, graves sobre el abismo,
contemplaban al cielo y al mundo florecer.

La tierra perfumaba como un callado huerto.
Balbucía la noche quejumbres de laúd.
Nada más que azucenas en el mundo desierto,
y nada más que estrellas temblando en la quietud.

861.6
L95

861.61 L95 1917

a39001 008115068b